

EL MURCIANO BEN ARABI Y LA "DIVINA COMEDIA"

P O R

JOSE RIQUELME SALAR

Cuando en 1919, D. Miguel Asín, publicó la 1.^a edición de su libro: «La escatología musulmana en la Divina Comedia», los eruditos europeos la recibieron con una enorme expectación. Unos críticos la examinaron pronunciándose con excepticismo; otros, los más, arremetieron contra el autor, entablándose una polémica viva y contradictoria; los menos, la aceptaron con febril entusiasmo. El problema que, en el mundo de las letras, había planteado el padre Asín tenía, evidentemente, que encontrar una decidida oposición, dadas las dimensiones colosales que, en todo Occidente, alcanzó el poema inmortal. Varios autores se atrevieron a insinuar que la tesis era insidiosa, porque el padre Asín, no reuniendo pruebas fehacientes, pretendía abrir un juicio contradictorio y confuso sobre el genio más preclaro del Renacimiento, desfigurando con ello su figura gloriosa y convirtiéndola en un plagiario. Y esto no fue así, pues el docto profesor español planteó el problema en un plano completamente distinto, esto es, creó su teoría en torno al hecho evidente de la inspiración de Dante en fuentes musulmanas; por ejemplo, el conocimiento de Dante directa o indirectamente, de las narraciones árabes relacionadas con la milagrosa ascensión de Mahoma al paraíso y a su visión de los premios y castigos de ultratumba. El profesor Asín dedicó cinco capítulos para desarrollar y apoyar su tesis de la transmisión de los modelos islámicos a la Europa cristiana.

De todos los modelos musulmanes, el arquetipo, el que más similitud guarda con algunos episodios del esquema general de la «Divina Comedia», es el de Ben Arabí. Las imágenes, las alegorías, las elucubraciones metafísicas, a veces fantasmagóricas, que emplea el místico murciano aparecen representadas, con más o menos nitidez, en el gran poema; claro



está que no se puede hablar de una similitud literal, ni tan siquiera de conceptos homólogos, porque las ideas de los autores islámicos fueron transformadas por Dante en una elaboración de alta alquimia mental. No en balde el poeta fue un artista de eximio talento, genial, en su concepción, que no tenía por qué descubrir la intención de sus modelos arábigos, ni tampoco tuvo que hacer un reajuste de los prototipos islámicos; le bastó observar o escuchar el esquema musulmán, y esto fue lo suficiente para estimular su poderosa intuición creadora, ofreciéndonos, en forma poética, esa asombrosa visión del paraíso y del infierno, y esa descripción sublime de sus más preclaros habitantes.

Ahora bien, una vez que el Prof. Asín superó, con éxito espectacular, el examen de las estructuras y coincidencias islámica-Dantescas, se interesó, con particular atención, por resolver un problema transcendental, vital, para sostener el andamiaje de su teoría. Nos referimos a la forma o el medio, a través del cual, Dante pudo conocer esos modelos arábigos.

Pensó en Brunetto Latini, autor del famoso libro: «Tesoretto». Este notario, de Florencia, vino a España, el año 1260, como representante de la fracción güelfa, a entrevistarse con Alfonso X, el Sabio, para ofrecerle el vasallaje de la ciudad. Según Ballesteros Bereta el encuentro de esta embajada florentina, con el Rey Sabio, tuvo lugar en Sevilla. Sin embargo, recientes investigaciones de Claudio Sánchez Albornoz, aseguran que Brunetto Latini pasó varios días, acompañado de su séquito, en la ciudad de Murcia. La doctrina del místico murciano Ben Arabí era conocida, estudiada y comentada en la ciudad del Segura, por cristianos, conversos y fieles del Alcorán. No debe olvidarse que Brunetto Latini fue maestro de Dante y que éste, en la «Divina Comedia», no guardó la grata memoria que merecía su magisterio. Tanto es así que el poeta lo encuentra en uno de los círculos del infierno, dedicándole el canto 15, con palabras poco alentadora para su salvación. Es curioso que Dante, muy cerca del círculo de Brunetto, sitúe a unos catalanes; y dice de ellos esta locución mordaz: «L'avara povertá dei catalani». No es de extrañar que Dante recordase a los catalanes en la «Divina Comedia», pues es hartó conocido el gran impulso que los catalanes dieron, en nombre de la corona de Aragón, al comercio y la navegación, tanto en Cerdeña, como en Sicilia, Palermo, hasta llegar al Adriático. En este mar y en las ciudades de su costa mantuvieron los catalanes una tenaz y ardiente competencia con los mercaderes y navegantes toscanos.

Conforme decíamos antes, parece cierta la estancia de la embajada toscana en Murcia. La embajada la componían varias personalidades, alguna de ellas de alto relieve en las letras y las finanzas de Florencia. Nosotros nos atrevemos a insinuar esta sugerencia: ¿Iría Bonaventura de Siena en esa embajada, que visitó la ciudad de Murcia? Si hubiese ocurri-



do de esta forma, la influencia del murciano Ben Arabí sobre Dante estaría justificada. Volveremos sobre este interesante problema más adelante. Veamos ahora lo que era Murcia en el siglo XII y XIII.

Murcia en el siglo XII, sobre todo al final de esta centuria y al principio de la siguiente, tuvo una pujante y próspera vida intelectual. Las Bibliotecas, en este siglo, se multiplicaron por doquier. Por otra parte, en este siglo, nace Ben Arabí. Aquí, en Murcia, dejó familiares, amigos y muchos simpatizantes de su doctrina sufista. Es más, a mediados del siglo XIII, en plena dispersión árabe, todavía se guardaba viva la antorcha del sufismo en el Vall de Ricote. Tenemos testimonios fehacientes de ello. Ben Hud, jerarca moro, audaz, misterioso en sus determinaciones, de una valentía personal extraordinaria —como lo acreditan sus múltiples acciones guerreras— hábil diplomático, con él se perdió la última oportunidad de una nueva estructuración del Al-Andalus. Pues bien, Ben Hud, sabiendo lo que significaban los ulemas o clero coránico en la unción de la realeza, fue para su exaltación real a Ricote; a la planicie onlonga que precede a los peñascales ricoteños; porque allí, en aquellos lugares, entre aquellas alquerías y fortalezas se hallaba refugiada, como un harén, la gran tradición islámica, con sus hombres de alta espiritualidad, siempre en permanente coloquio con Alá. De estos poblados iban a salir, entre otros, nombres tan prestigiosos, como Ibn Sabin y Racuti. El primero, un místico, de renombre extraordinario en todo el Oriente, fundador de una secta; el segundo, médico eminente, a quien Alfonso X, el Sabio, le ofreció un puesto en su séquito, como médico de cámara, además de proponerle para profesor del «STUDIUM» que regían los dominicos en la recién conquistada Murcia. Ninguna de las dos proposiciones fueron aceptadas por Racuti; prefirió marcharse, por razones que no son de caso señalar, a Granada, al servicio del reino Nasarita.

Hemos traído al recuerdo estas breves pinceladas de la Historia musulmana de Murcia, porque es evidente que la tradición oral, tan frecuente durante la Edad Media, como lo fue en la Iglesia primitiva, influyó en este vehículo o trasiego de ideas. Puede pensarse, pues, con buen fundamento, que aquellos caballeros toscanos que pernoctaron en Murcia, durante varias fechas, llevasen en sus alforjas noticias y comentarios del legado doctrinal de Ben Arabí. No se puede descartar esta hipótesis. Pero hay más, hubieron otras vías de transmisión que no debemos silenciar. Raymundo Lulio y Ramón Martí pudieron también ser los dos personajes que extendieran la obra de Ben Arabí y la de otros escritores islámicos por la Europa cristiana. Ambos estuvieron, en diversas ocasiones, en Italia. El primero era un gran lector de obras musulmanas, no hizo versiones latinas, porque desconocía esta lengua, según su propia confesión,



en carta que aún se conserva; el segundo, era un erudito, fraile dominico, que pasó, como profesor, por el «Studium» de Murcia.

No obstante, en estos últimos años se ha podido dar una respuesta afirmativa, que consagra como una verdad científica, comprobada, toda la teoría de Asín. Se trata del descubrimiento de dos manuscritos que estaban sin clasificar, esperando la mano cariñosa que los sacase del olvido. La sorpresa del hallazgo fue extraordinaria, porque se esperaba que esos escritos estuviesen en algún archivo o biblioteca ignorada, donde el encuentro hubiese sido casual. No ha sido así. Se han encontrado en las dos Bibliotecas más famosas del Orbe, en la Nacional de París y en la de Oxford. La noticia del hallazgo se hizo el año 1949. Por estos manuscritos se sabe que en la corte de Alfonso el Sabio se hicieron traducciones de la «Scala» o ascensión de Mahoma al paraíso. Estas traducciones lo fueron al castellano, francés, latín y toscano. La versión castellana la realizó un médico judío, llamado Abraham de Toledo. Se desconoce el paradero de este manuscrito, creyéndose perdido. En cambio, la traducción hecha por Bonaventura de Siena, el año 1264, al francés y al latín, son las dos aparecidas en París y Oxford. En estos manuscritos se hallan los planos o estructuras del infierno y del cielo de Ben Arabí, análogos en muchos matices y situaciones, a los desarrollados por Dante en la «Divina Comedia». También se llevó a cabo una versión al romance toscano, a últimos del siglo XIII. En esta lengua toscana se escribió, por primera vez, el poema inmortal.

Ponemos fin a estos ligeros escauceos sobre la influencia de Ben Arabí en la «Divina Comedia», haciéndonos esta pregunta: ¿Sería este Bonaventura de Siena uno de los acompañantes de Brunetto Latini en su estancia de Murcia? Si fue así y luego se quedó de notario en la corte del Rey Sabio, hay que suponer que este ciudadano, seguiría desde España, manteniendo contacto y enviando noticias, de todo orden, a sus paisanos de la Toscana. Y pudo ser este hombre, al parecer intrascendente, el vínculo de relación, a través de sus escritos, entre el murciano Ben Arabí y el poeta florentino, Dante.

